

## Introducción: Cultura de élite y cultura del pueblo

Este es un libro acerca de la cultura del pueblo en el mundo romano. La mejor forma de definir la cultura del pueblo es, probablemente, de manera negativa: la cultura de la no élite.<sup>1</sup> La no élite (a la que también me referiré como «la gente» o «el pueblo») comprende toda una multitud de grupos sociales diferentes: campesinos, artesanos, peones, curanderos, adivinadores, cuentacuentos y artistas del espectáculo, tenderos y comerciantes; pero también incluye a sus mujeres e hijos y a los desposeídos de la sociedad romana: los esclavos y aquellos que se habían visto reducidos a la indigencia y la mendicidad. La cultura que estos grupos compartían era en gran medida la cultura no oficial y subordinada de la sociedad romana.

En total, estamos hablando de decenas de millones de personas que habitaban una región que se extendía desde las húmedas tierras bajas de Escocia hasta las ardientes orillas del Nilo. Docenas de lenguas locales, de la mayoría de las cuales poca o ninguna huella se conserva, convivían a empujones con el latín y el griego oficiales. Nunca será posible recrear la riqueza de cada una de esas culturas locales. Asimismo estamos ocupándonos de un período que abarca centenares de años, desde, aproximadamente, el año 100 a. C. hasta el año 500 d. C. Los testimonios son tan escasos que no estamos en condiciones de examinar la cultura del pueblo en ningún momento determinado de ese período. Pese a cuán lamentable es este hecho, no necesariamente constituye un obstáculo insuperable. La tesis de este libro es que la cultura del pueblo se entiende mejor como un

todo. La cultura del pueblo representa un conjunto de actitudes, que en muchos casos pueden entenderse como respuestas a las condiciones sociales, económicas y ambientales, por lo general similares, a las que la mayoría de la población del Imperio romano se enfrentó a lo largo de su historia. Mi intención, por tanto, será examinar los temas que caracterizaron y dominaron las vidas de esas gentes en gran medida sin voz.

La no élite era un amasijo demasiado grande de grupos diferentes para estar unida por una cultura única, monolítica. Estas gentes habitaban un mundo complejo con geografías diversas y distintos niveles de riqueza y estatus, lo que significa que un estilo uniforme de vida era imposible. Una de las principales divisiones internas era la que existía entre los esclavos y las personas libres. En su mayoría, los ciudadanos romanos se consideraban a sí mismos cualquier cosa salvo serviles. Pero los más pobres entre ellos podían encontrarse con facilidad en condiciones materiales mucho peores que la mayoría de la población esclava. Un número creciente de ellos eran descendientes de esclavos. Eso podría explicar sus protestas enérgicas contra la ejecución, en el año 61 d. C., de todos los cuatrocientos esclavos domésticos de Pedanio Segundo, después de que uno de ellos le matara.<sup>2</sup> El ferviente deseo de libertad que encontramos entre muchos esclavos es un argumento a favor de que compartían las perspectivas de la población libre. Tanto las personas libres como las esclavas valoraban los mismos privilegios. Unas y otras se entretenían del mismo modo bullicioso. Se enfrentaba a las mismas presiones sociales, aunque en grados diversos. Y ambas tenían que lidiar con un sistema jerárquico que las sometía al capricho de los poderosos, más aún a medida que el valor de la ciudadanía declinaba bajo el Imperio. El pueblo tenía a sus propios marginales: los mendigos, los bandidos, los locos. Nunca hubo una división simple entre quienes eran libres y los esclavos.

La no élite no estaba unida por intereses de clase: en los testimonios supervivientes apenas es posible vislumbrar indicios de una conciencia de clase, si es que puede advertirse alguno. La mayoría de la no élite veía a sus prójimos no como camaradas sino como rivales en

la dura lucha por unos recursos escasos. En el mundo romano no tener nada era no ser nada. La suya era una cultura en la que el pueblo se esforzaba por mirar a sus congéneres con el mismo desdén y menosprecio que la élite los miraba a ellos. En su mayoría, estas eran personas que estaban demasiado ocupadas intentando progresar, o luchando por mantener lo poco que tenían, para preocuparse de si había algo fundamental que estuviera mal en el sistema.

No una clase, pero sí una cultura. Un mosaico de subculturas populares unidas por intereses similares que afrontaban los mismos problemas cotidianos para ganarse el sustento y estaban provistas de las mismas formas, avaladas por la experiencia, de hacer las cosas en un mundo duro y jerárquico gobernado por la élite y para la élite. La cultura del pueblo era mucho más que una colección de artistas circenses y canciones del teatro medio recordadas.<sup>3</sup> La cultura del pueblo era lo que permitía al pueblo sobrevivir.

La no élite estaba conformada por cerca del 99 por 100 de los cincuenta o sesenta millones de personas que constituían la población del Imperio. La élite la conformaban los senadores, los équites y las clases dirigentes locales, acaso no más de doscientas mil personas en total. El ejército suponía un medio millón adicional. El estatus del ejército, un grupo con una subcultura propia muy fuerte, es una cuestión polémica y por razones de espacio he optado por omitirlo en gran medida de mi exposición.<sup>4</sup> Entre el 80 y el 85 por 100 de quienes formaban la no élite vivía en el campo; la mayoría de ellos derivaba su sustento de la tierra con gran esfuerzo, ya fuera como minifundistas, arrendatarios o peones, o, indirectamente, como esclavos. Del 15 por 100 de la población que constituía la no élite urbana, un 30 o 40 por 100 lo conformaban las clases «respetables» de Hoggart: comerciantes, artesanos y similares. Quienes formaban el 50 o 60 por 100 restante trabajaban como jornaleros.<sup>5</sup> Roma fue una de las grandes sociedades esclavistas de la historia; los esclavos constituían entre el 10 y 15 por 100 de toda la población que no pertenecía a la élite, pero en Italia esa proporción ascendía hasta situarse entre el 15 y el 25 por 100, y dado que en su mayoría trabajaban como peones o a órdenes de los artesanos cuentan por partida doble. Una proporción

sustancial de la población, proporción que variaba enormemente dependiendo de los factores locales, vivía apenas por encima de los niveles de subsistencia. Alrededor de una décima parte de la población vivía en la indigencia, y a duras penas se mantenía mendigando y robando; no obstante, esta es solo una cifra base y en períodos de crisis económica podía dispararse hasta abarcar dos terceras partes de la población.<sup>6</sup>

La élite, en su mayor parte, se distinguía radicalmente de esta masa de la sociedad romana. Un abismo de riqueza la distanciaba de la mayoría. Los más ricos entre los ricos poseían fortunas superiores a los cien millones de sestericios, lo que en términos aproximados multiplicaba unas veinticinco mil veces la renta de subsistencia anual (una diferencia que, dicho sea de paso, es menor a la que existe en la actualidad). Más importante es el hecho de que la élite se sentía unida por una cultura común basada en el estudio (*paideia*).<sup>7</sup> Esta perspectiva educada, literaria, representaba la visión del mundo compartida por la clase dominante. Abstrusa, académica y estilística, la *paideia* era una insignia, difícil de alcanzar, que señalaba la pertenencia a la clase alta. Excluía a la mayoría a partir de lo que se consideraba gusto y criterio, pero también mediante lo que es posible interpretar como ofuscación deliberada. Así, en Constantinopla, en la corte de los últimos emperadores, se desarrolló una caligrafía conocida como *litterae caelestes*, «escritura celestial», que era del dominio exclusivo de los funcionarios de palacio.<sup>8</sup> De forma similar, la profesión jurídica desarrolló una jerga compleja. A la no élite todo esto debía de parecerle una jerigonza absoluta. Y, de hecho, se esperaba que contemplara con sobrecogimiento la cultura de la élite: «es necesario impedir que lo excelso descienda y se haga común con el fin de que conserve la reverencia que merece».<sup>9</sup>

Es este aspecto de conflicto social el que hace peligroso pensar en la cultura de la no élite en términos de folclore o cultura tradicional. La idea de folclore sugiere una cultura común que compartían por igual todos los miembros de la sociedad romana, independientemente de su posición social, y tiende a pasar por alto el problema de la política, la ideología y el conflicto para hacer hincapié en lo comunal.

Es indudable que la élite y la no élite compartían una buena cantidad de cultura. El riesgo es que «el pueblo» se nos convierta en una colección de personajes inofensivos, sacados de una novela de H. E. Bates, dedicados a beber aguamiel y hablar sobre aceite de oliva en los patios; y el folclore termine representando una visión romántica y edulcorada de la vida romana, en la que la no élite acepta contenta someterse al sabio gobierno de sus superiores. La sociedad romana no puede verse sencillamente como una cultura caracterizada por el consenso social, pues eso supone negar sus aspectos conflictivos. Las brechas de riqueza cada vez más y más vastas creadas por la adquisición del Imperio hicieron que los contrastes sociales fueran muy marcados. El contacto directo, personal, entre la élite y la mayoría del populacho era escaso, en particular en la ciudad de Roma, cuyo tamaño colosal había acabado con la tradicional mecánica social de las interacciones cara a cara. Por una simple cuestión de aritmética, la mayoría de quienes formaban la no élite no participaba en la red de patronos y clientes. La ciudad estaba repleta de esclavos (constituían quizás una tercera parte de la población) y no sería prudente dar por sentado que estaban contentos con su suerte.<sup>10</sup> Herodiano culpa de la intensidad de la violencia urbana en Roma al crisol resultante de la inmigración masiva.<sup>11</sup> Fuera de la capital, sabemos que al menos algunos de los oprimidos detestaban con pasión a sus opresores imperiales. En todas partes, las personas vivían en una estructura de poder que repartía de forma ininterrumpida tratamientos degradantes. Semejantes humillaciones nunca pasaban desapercibidas. Todo lo contrario: herían.

Todas estas personas se enfrentaban diariamente a la realidad de una sociedad estratificada en exceso en la que el poder estaba concentrado con firmeza en la cima. Las discusiones sobre el significado exacto de términos latinos como *populus*, *plebs*, *turba*, *multitudo* o *vulgus* corren el riesgo de errar el blanco. Difícilmente resulta sorprendente que la élite fuera incapaz de expresarse con mayor claridad al hablar de la no élite, cuando, hablando en plata, esta le importaba un bledo. Por tanto, para ser claros, este no es un libro acerca del limitado papel o función de la plebe romana en el mundo, básicamen-

te dominado por la élite, de la política romana, un enfoque con el que se corre el riesgo de sugerir que el pueblo solo importaba en la medida en que existía como un apéndice del poder. La sociedad romana era una sociedad compleja y, por tanto, exige un modelo más complejo de las relaciones sociales. Es por esta razón por la que el término «cultura del pueblo» es tan útil: reconoce la pluralidad de la cultura romana y la diferencia, división y rivalidad entre la no élite y la élite. Existían diferencias reales entre muchos de los valores, creencias y comportamientos de una y otra. La no élite estaba formada por diversos grupos sociales que se distinguían con claridad de los grupos económica, política y culturalmente poderosos de la sociedad. Dado que existía la posibilidad de que estos grupos pudieran unirse, representaban una amenaza potente para la élite, una que era necesario observar con cuidado, vigilar y, donde fuera factible, reformar.

Aquí no debemos caer en la trampa de ser melodramáticos. La otra cara de la moneda de considerar a las personas como miembros de una cultura folclórica es reducirlas a la condición de meras víctimas, idealizando su sufrimiento en el proceso. Es fácil exagerar el nivel general de pobreza cuando se juzga desde los estándares de la época (la totalidad del pueblo romano era sin duda pobre en comparación con el nivel de vida moderno de Occidente). Y tampoco estamos ante una primitiva lucha de clases entre la élite y sus subordinados. La cultura del pueblo definitivamente sí incluía elementos de resistencia contra los grupos dominantes de la sociedad, pero incluso esa resistencia asumía por lo general la forma de escaramuzas de menor importancia en los bordes de las relaciones de clase; más fricción que guerra. Como es obvio, existían asimismo «zonas grises» significativas en la división entre la cultura del pueblo y la cultura de la élite. La movilidad social permitía efectivamente que unos pocos afortunados rompieran el techo de cristal de su condición servil, plebeya o provincial y llegaran a los niveles más altos de la sociedad romana, incluso a pesar de que la élite posee en efecto «una forma de parecer igual a lo largo de los siglos».<sup>12</sup> Este libro, sin embargo, no se concentra en esas áreas de coincidencia parcial. Como es evidente, en muchos momentos abordaré las diferencias o no entre la cultura del pue-

blo y la cultura de la élite, pero hacer de ello la principal preocupación del libro sería cometer el error de considerar que la no élite carece de interés salvo en términos de su relación con la élite. Este, en cambio, es un intento de describir y analizar la cultura del pueblo en sus propios términos, como una entidad autónoma. A fin de cuentas, esa es la forma en la que tradicionalmente se ha visto a la cultura de la élite: algo digno de estudio por derecho propio, no simplemente como un complemento de la cultura del pueblo.

Las tradiciones grande y pequeña coexistían en Roma. La gran tradición (la educación clásica, el dominio del griego, la filosofía, la retórica) contrastaba radicalmente con la tradición pequeña: folclore, proverbios, fiestas, canciones y oráculos. La gran tradición en ocasiones participaba de la pequeña, por ejemplo, en los sermones o los discursos pronunciados en encuentros que tenían lugar en Roma ante la plebe. La élite en ocasiones se sumaba a la diversión de las fiestas y jugaba y citaba proverbios famosos. Pero al pueblo le resultaba más difícil penetrar en la gran tradición, pues ello requería años de estudio riguroso y cantidades enormes de dinero en efectivo. Más difícil, sí, pero no imposible. Uno de los temas de este libro es que las dos tradiciones eran interdependientes y con frecuencia se afectaban mutuamente. La influencia cultural se daba en ambos sentidos y sirvió para crear nuevas tradiciones. La cultura no era sencillamente algo que goteaba desde lo alto y que el pueblo recibía agradeciendo la oportunidad de tener algo que imitar.

Asimismo, el pueblo tampoco era un simple consumidor pasivo de la cultura romana, al estilo del «pan y circo». Concebir al pueblo como una entidad apática y apolítica era algo que convenía a la élite porque le ayudaba a justificar su férreo control del ejercicio del poder. En lugar de ello, el pueblo interpretaba de manera activa las imágenes culturales que la élite gobernante le ponía delante. En algunos casos, las aceptó sin más. En otros, buscó reinterpretar esos símbolos de una forma que remedaba con claridad el proceder de la élite, pero para fines propios de la no élite, como la organización de sus asociaciones. En otros más, como en la literatura apocalíptica, subvirtió esas imágenes para crear un mensaje que contradecía por completo el

significado y propósito originales. La no élite no puede verse sencillamente como un receptáculo para los valores que sus superiores sociales se dignaban ofrecerle. La cultura del pueblo era mucho más creativa. El pueblo siempre fue capaz de adoptar, adaptar y rechazar según su conveniencia.

La no élite fue con frecuencia acusada de ser ingenua y carecer de criterio. En particular, las ideas religiosas populares se ganaron la peyorativa etiqueta de meras supersticiones, supersticiones que una clase cínica y mercenaria de adivinos, pitonisas y magos conseguía endilgarle a un público crédulo. Esto hace muy poca justicia al uso activo que el pueblo hacía de estas ideas religiosas con el fin de entender, influir y controlar su entorno. De forma similar, la censura elitista del comportamiento de la multitud en los juegos se centraba en su obsesión, en apariencia absurda y gratuita, por espectáculos triviales como las carreras de caballos y las luchas de gladiadores. De hecho, los juegos eran un lugar en el que la no élite tenía una función activa como consumidora de las imágenes que les ofrecían sus benefactores de la élite. La pericia detallada que exhibían muchos entre la multitud servía tanto para establecer identidades sociales como para adiestrar las habilidades vitales básicas que un miembro de la no élite necesitaba para sobrevivir y prosperar en la sociedad romana.

En un artículo sobre el uso de fuentes menos convencionales para recoger testimonios acerca de la vida cotidiana en el mundo romano, Millar anota con acierto que, «en un sentido perfectamente literal», los historiadores de la Antigüedad «no sabemos de qué estamos hablando». <sup>13</sup> Los problemas que plantea el descubrimiento de actitudes profanas a partir de fuentes elitistas pueden parecer insuperables. No existe un corpus previamente definido de materiales. Los testimonios son fragmentarios; las fuentes son en ocasiones oscuras y, por lo general, están lejos de ser exhaustivas. Aquí utilizó textos literarios de la élite, textos populares como oráculos y libros de chistes, papiros, grafitos, hechizos mágicos y maldiciones, así como inscripciones, códigos jurídicos y artefactos arqueológicos. <sup>14</sup> La precisión es imposible en esta situación y, en cualquier caso, puede resultar inapro-

piada en un tema que requiere un nivel de generalización elevado. La mayoría de esas generalizaciones estará sometida a excepciones considerables, pues estamos trabajando con testimonios procedentes de tiempos y lugares muy diferentes. En definitiva, se trata de una labor que implica cierta especulación, aunque solo sea para estar en condiciones de proponer las soluciones más probables y verosímiles. En términos generales, la exposición avanza acumulando fragmentos que nos ofrecen una impresión razonable de lo que implicaba ser una de estas personas en Roma. Ningún libro de estas dimensiones puede aspirar a ser exhaustivo: como he mencionado antes, he omitido ocuparme del ejército, pero tampoco me ocupé de forma adecuada del estatus de la cultura de las mujeres de clase baja, ni abordé el denso debate sobre el grado de alfabetización de la no élite (con el que, en cualquier caso, a veces se corre el riesgo de considerar que el pueblo solo es relevante en la medida en que podía participar de la cultura de la élite). Me he concentrado en ciertos aspectos específicos de la práctica religiosa, como los oráculos, las fiestas y los exorcismos, porque creo que son cruciales para la comprensión de la cultura del pueblo, pero en el mundo romano había muchísimos ritos que no tienen aquí la atención que merecen, como los dioses domésticos, los cultos místéricos y las costumbres funerarias. Las regiones no están representadas de forma equilibrada, y la ciudad de Roma, como suele suceder, acapara la atención. Asimismo, soy culpable de usar el término «élite» de forma algo indiscriminada para abarcar a todos los ricos y poderosos de la sociedad romana. En realidad, por supuesto, la cultura de la élite era exactamente tan diversa como, sostengo, lo fue la cultura de la no élite. La literatura de la élite no puede, por tanto, leerse simplemente como una presentación directa y sin mediaciones de las actitudes de la élite. Pero considero que en el contexto de un libro acerca del pueblo, el término «élite» resulta necesario como generalización histórica para impedir que la discusión naufrague en un mar de salvedades.

La cultura del pueblo romana cambió. Roma era una sociedad en permanente transición y la cultura de la no élite cambió con ella. Es muy fácil deslizarse hacia una concepción desde la cual la vida popu-

lar aparece como un ciclo inmutable de acontecimientos vitales recurrentes, un ahora permanente de temporadas y fiestas. Eso es exagerado. La creación de un Imperio grande, el crecimiento de una capital inmensa, acorde a su altura, y los cambios en la estructura gubernamental de la sociedad romana fueron factores que dieron un gran ímpetu a la cultura del pueblo, que se adaptó a estas realidades nuevas e inquietantes. En el Bajo Imperio, los nuevos héroes populares y movimientos religiosos dieron testimonio del dinamismo e ingenio continuados que caracterizaron los intentos de la no élite de proteger sus intereses y sacar algo del sistema. El pueblo buscó mantener su capacidad para acceder a alguna forma de poder a través del clientelismo, ya fuera este secular o espiritual, y tenía que adaptarse cuando la realidad social cambiaba, en esto no se diferencia en absoluto de la élite.

El primer capítulo del libro se concentra en las formas en que la no élite lidiaba con la significativa gama de problemas que rodeaba su vida. Si la élite tenía su *paideia*, el pueblo tenía la experiencia comunal acumulada en las fábulas y los proverbios: un conocimiento y sabiduría prácticos adquiridos en las batallas que día a día tenía que librar para sobrevivir. A ojos de la élite, este era un conocimiento que sencillamente no valía la pena tener; el pueblo ignoraba todo lo que de verdad importaba. Sin embargo, este archivo de la inteligencia colectiva, este repertorio comunal de acciones, era importante en el mundo popular. La gente compartía un abanico de tácticas que le permitían lidiar mejor con la desigualdad romana. Uno de sus recursos era la gestión activa de sus superiores sociales, no tanto una gestión de la riqueza como una gestión de los ricos. Otro, el hecho de que la no élite tenía un sentido de la justicia social muy fuerte que funcionaba, según la famosa frase de Thompson, como una «economía moral» para garantizar que la élite cumpliera con sus obligaciones sociales para con el pueblo. El popular era un mundo en el que abundaba la inseguridad física y, por ende, el sufrimiento fisiológico y psicológico. El miedo era omnipresente y lo causaban por igual entidades reales (animales salvajes, enfermedades, ladrones, bandidos, autoridades) e imaginarias (demonios, sueños premonitorios, portentos). El pueblo adquirió por sí mismo un conjunto de medios creativos, si

bien en ocasiones contradictorios, para mantenerse con vida en ese entorno lleno de amenazas y peligros. Prácticas mutuamente excluyentes coexistían en la visión de mundo de la no élite, pero esas contradicciones ocasionales resultaban útiles porque ayudaban a la gente a adaptarse a unas circunstancias cambiantes y le proporcionaban un abanico de opciones entre las cuales elegir de acuerdo con las exigencias de la situación particular.

En caso de que esto sugiera que la cultura del pueblo era calmada y racional, examino a continuación la salud mental de la no élite. Se ha realizado una enorme cantidad de trabajo muy fructífero sobre el nivel de salud física que poseían los romanos, un ámbito en el que Garnsey ha sido pionero.<sup>15</sup> Aquí me ocupo de qué nivel de salud mental es razonable esperar que existiera en vista de lo que sabemos acerca de los varios tipos de factores estresantes sociales a los que la mayoría de las personas debía hacer frente. En los seres humanos, las jerarquías y la violencia provocan niveles altos de estrés y, por tanto, niveles altos de enfermedades ligadas al estrés, y ambos factores abundaban en la sociedad romana. La salud mental no debe confundirse con la locura. La salud mental representa un espectro que va desde enfermedades en extremo debilitantes como la esquizofrenia hasta una gama de problemas menos serios como la depresión y los trastornos de la personalidad. Las pruebas comparativas modernas nos hacen esperar un nivel de salud mental bajo entre la población romana en general, igual que sucede con su salud física. Asimismo, las pruebas indican con firmeza que la incidencia de trastornos mentales se correlaciona negativamente con el estatus social. El mundo de los fenómenos mentales aberrantes, por tanto, era un asunto clave al que la cultura del pueblo debía hacer frente.

Con todo, si algo caracteriza la cultura del pueblo para la mayoría de las personas, es su informalidad, diversión e irreverencia. El tercer capítulo se ocupa de las fiestas en las que la gente aliviaba el estrés de sus vidas cotidianas poniendo patas arriba las jerarquías de su mundo. Utilizando la noción de carnaval de Bajtín, examino allí la inversión de la jerarquía normal, el interés popular por el cuerpo y sus funciones para poner a todas las personas en el mismo nivel y el uso

del humor para burlarse y ridiculizar todas las formas de autoridad. Este espíritu carnavalesco, sin embargo, informaba todas las formas de diversión de la no élite. No se limitaba a una juerga anual. La élite encontraba esto perturbador debido a que a muchos de sus miembros les gustaba participar de estos placeres populares. Durante el colapso de la República y la crisis de liderazgo que engendró, resultó claro que era necesario encontrar una nueva forma de integrar al gobierno y el pueblo. Sostengo que es posible interpretar los juegos imperiales como una forma de incorporar a la cultura oficial parte del espíritu del carnaval con el fin de atraer al pueblo a un nuevo contrato social. En este sentido, la cultura del pueblo alimentó nuevas forma de conducta en la élite.

La élite y el pueblo habitaban mundos sensoriales diferentes. Ya fuera a través del uso de perfumes delicados, las bellas artes o la escritura misma, la élite se esforzaba por definirse a sí misma en términos de refinamiento sensorial y buen gusto. La no élite, en cambio, vivía en lugares estrechos, ruidosos y hediondos en los que la proximidad era excesiva. La élite adoptó ciertas costumbres precisamente porque estaban en contradicción con el comportamiento popular, pero luego usó esa idea inventada de su propio buen gusto para condenar a la no élite como inmoral y despreciable: la hez y la escoria de la ciudad. La ciudad se consideraba particularmente amenazante porque se pensaba que los sentidos afectaban de forma directa el estado físico y moral del individuo. Eras lo que olías. El nuevo acuerdo imperial buscó reordenar el universo sensorial dando a la no élite acceso al gusto y, por ende, poniéndola bajo la influencia calmante y moralmente edificante de los refinamientos que antes la élite había buscado reservarse para sí. El esplendor de la largueza imperial abrumaba los sentidos. El lujo se convirtió en un foco de consenso comunal, incluso a pesar de que eso efectivamente creó tensiones con la élite tradicional.<sup>16</sup> La mayoría de los análisis se han centrado en la arquitectura, el arte y el uso del espacio urbano para transmitir imágenes del poderío imperial y mensajes ideológicos. Aquí examino cómo los emperadores usaron la totalidad del mundo de los sentidos para crear y administrar un nuevo contexto para la reunión de los gobernantes y los

gobernados. Los textos literarios que sirven de base a este capítulo expresan por sí mismos la nueva sensualidad de la literatura romana, un reflejo de un cambio cultural más amplio en esa dirección. Aunque los relatos rimbombantes sobre el esplendor imperial no son del todo creíbles como registro de acontecimientos históricos, sí demuestran que el lujo se convirtió en el contexto normal para el encuentro entre el emperador y su pueblo, independientemente de los recelos que la élite literaria pudiera todavía tener acerca de ese hecho.

Muchos esclavos odiaban a sus amos. Muchos hombres libres detestaban a sus patrones. Muchos provinciales despreciaban a Roma. Cualquier análisis de lo popular que no tenga en cuenta cómo estas personas expresaban los resentimientos que engendraba su subordinación estaría observando la cultura romana desde el punto de vista de la élite, demasiado incluso. La palabra «resistencia», sin embargo, es un término amplio que puede abarcar toda una gama de acciones, desde la espectacular revuelta de Espartaco hasta actos cotidianos de disenso y engaño que el esclavo podía reservar para su amo. Yo sugiero que la cultura del pueblo, en tanto cultura de las clases subordinadas, siempre buscará forjarse un espacio de libertad en el que pueda expresarse y tenga capacidad de maniobra. En Roma, el principal modo de conseguirlo era a través del uso de religiones nuevas e importadas. En gran medida, la cultura dominante veía con indiferencia tales espacios mientras no amenazaran de forma pública el *statu quo*, momento en el cual todo el poder coercitivo del Estado caía sobre ellos. No obstante, los poderosos también buscarán probar e incorporar, a los nuevos modos de gobierno, ciertos elementos de la subcultura que se les opone, algo que en el caso de los romanos ocurrió con la conversión de Constantino al cristianismo.

Roma no poseía una cultura monolítica, homogénea. El concepto de cultura del pueblo aporta diferencia, diversidad y resistencia a nuestra concepción del mundo romano. Esto plantea la pregunta de hasta qué punto el pueblo de verdad creía en las afirmaciones ideológicas del emperador sobre el buen gobierno. Al centrarnos en la producción de imágenes en el arte y la arquitectura imperiales corremos el riesgo de ignorar cómo se las recibía. Una vez reconocemos que el

pueblo podía reinterpretar, y socavar, de forma activa cualquier imagen que se le presentara, resulta imposible estar tan seguros de la percepción que se tenía de esas imágenes. La cultura del pueblo de la antigua Roma no se reduce a una cuestión de folclore; es una cuestión de cómo el pueblo en ocasiones se burlaba, subvertía e insultaba a sus superiores; de cómo manipulaba a la élite para salirse con la suya; y de cómo calaba las ideologías a través de las cuales los poderosos buscaban dominarlo.